



La provincia de Ituri en República Democrática del Congo : Promesas Incumplidas Falta de protección y ayuda a las víctimas del conflicto

Informe

Publicado por Médecins Sans Frontières, julio de 2003

Document en provenance du site internet de Médecins Sans Frontières

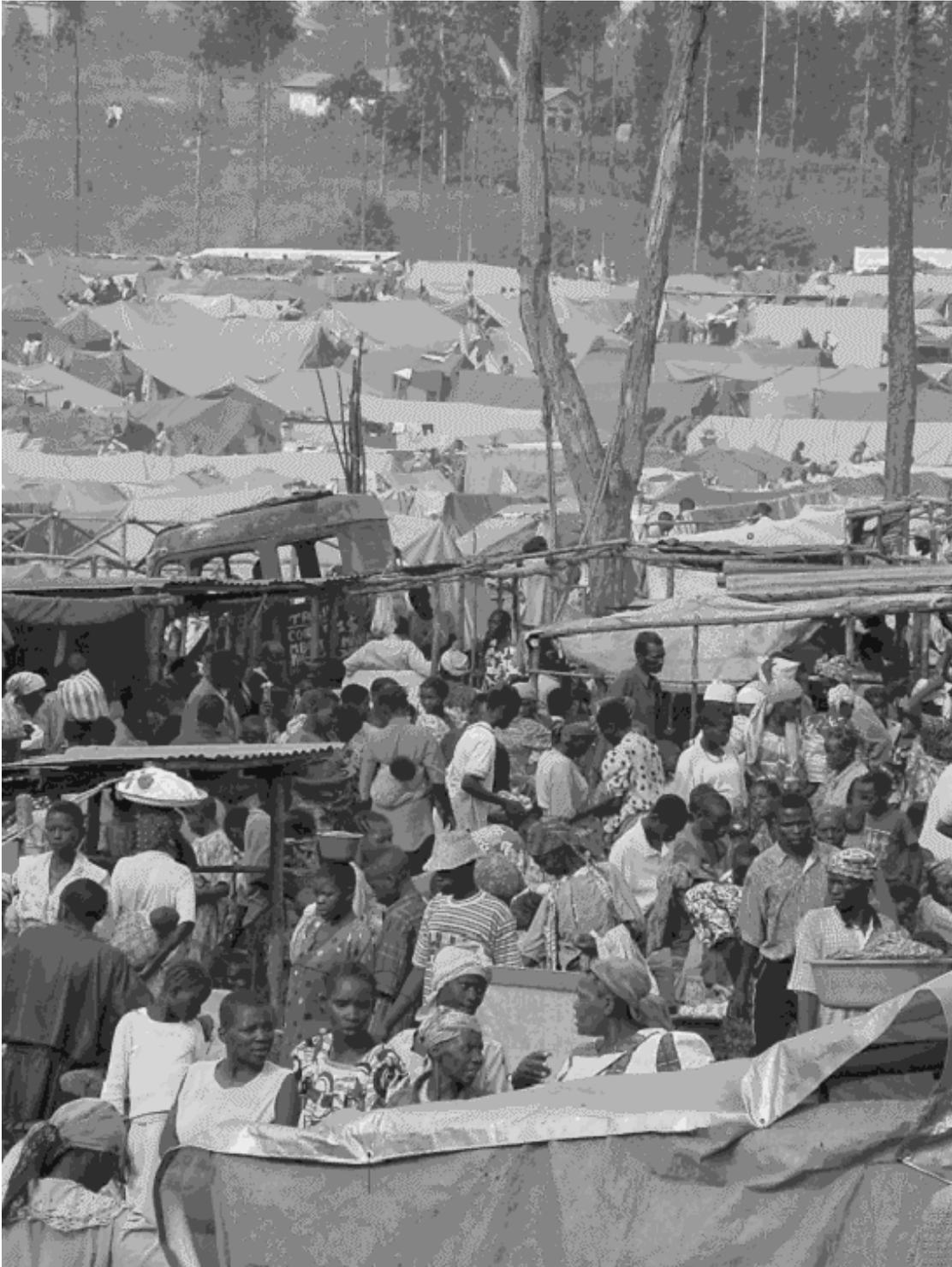
<http://www.msf.fr>

Tous droits de reproduction et/ou de diffusion, totale ou partielle, sous quelque forme que ce soit, réservés pour tous pays, sauf autorisation préalable et écrite de l'auteur et/ou de Médecins Sans Frontières et/ou de la publication d'origine. Toute mise en réseau, même partielle, interdite.

La provincia de Ituri en República Democrática del Congo

Promesas Incumplidas

Falta de protección y ayuda a las víctimas del conflicto





Informe de Médicos Sin Fronteras, Julio de 2003

INDICE

Introducción.....	3
MSF en Ituri.....	4
1. Una fuerza internacional interina de refuerzo: ¿promesas incumplidas?.....	5
1.1 Bunia, la seguridad de la ciudad enclave no está garantizada	5
1.2. 150.000 habitantes de Bunia fuera del radio de acción de la fuerza Artemis.....	6
1.3 Beni, un refugio amenazado.....	7
2. La guerra en tiempos de la MONUC.....	7
2.1. De combates en las calles a abusos sistemáticos.....	7
2.2. En Bunia, la seguridad perdida.....	10
2.3. Escapar de Bunia, sin ayuda de la MONUC.....	10
3. La insuficiencia de la ayuda humanitaria.....	12
3.1. Bunia, los “retornados” pueden esperar.....	12
3.2. Las afueras de Bunia: los olvidados de la ayuda humanitaria	13
3.3. Beni, falta de previsión de la ayuda humanitaria.....	13
Conclusión.....	15
Anexos.....	16

INTRODUCCIÓN

El pasado mes de mayo, Bunia, la capital del distrito de Ituri, al noreste de la República Democrática del Congo, se convirtió en el teatro de un episodio de una violencia extrema. Esta violencia se enmarca en un conflicto que asola esta región desde 1998, pero con especial intensidad desde hace dos años. Miles de personas han sido asesinadas y cientos de miles han conocido una y otra vez el éxodo.

Los abusos no perdonan ni a los civiles, ni a los miembros de organizaciones de ayuda humanitaria, como testimonia el asesinato de 6 miembros del CICR en abril de 2001 en la región de Bunia.

Médicos Sin Fronteras, presente en la RDC desde 1988, trabaja con la población de Ituri de forma intermitente desde 1999. Los equipos, enviados a la zona para prestar asistencia a los enfermos y heridos de guerra desde hace meses, se enfrentan directamente a los relatos de las víctimas de violaciones masivas del derecho internacional humanitario.

La interpretación más frecuente resume estos actos de violencia en un conflicto tribal entre hemas y lendus. El fomento de una ideología etnocentrista y los medios desplegados para hacerla prosperar no son nuevos en esta región. Pero la violencia étnica ha sido clara y deliberadamente alimentada por la implicación directa e indirecta de los países vecinos, y el apoyo de diversos grupos armados. Violencia étnica provocada por múltiples ingerencias que en el fondo no hace más que encubrir una dura pugna por la supremacía política y la explotación de los recursos naturales.

Las palabras de las víctimas y de quienes les prestan ayuda reflejan la magnitud de la violencia perpetrada contra la población y sobrepasan cualquier explicación lógica del enfrentamiento étnico. Hablan del miedo que hoy trasciende toda apariencia comunitaria y parece justificar cualquier acto de violencia que se preste.

De Bunia, teatro de combates entre facciones y de crímenes contra los civiles, a Beni, frágil refugio para la población civil, o incluso en la región de Lubero donde también hubo enfrentamientos a principios de junio, es la población en su conjunto la que está amenazada por esta guerra. Cualquiera puede encontrarse mañana en el centro de una zona de combate, a la merced de los ejércitos y verse obligado a huir de su hogar intentando sobrevivir en un irremisible e interminable éxodo.

El envío a partir de abril de 2003 de 600 hombres del batallón de reserva de la Monuc (Misión de la Organización de las Naciones Unidas en la República Democrática del Congo) y del despliegue en junio por parte de la Unión Europea de una fuerza internacional de 1.500 soldados, no debe hacernos olvidar que se trata de soluciones de urgencia en un intento de dar respuesta a las amenazas que desde hace mucho tiempo se ciernen sobre la seguridad de los habitantes de Bunia. En realidad, estas fuerzas han llegado demasiado tarde para decenas de miles de personas: dos semanas de violencia en Bunia (principios de mayo de 2003) han bastado para cobrarse la vida de cientos de personas y el desplazamiento de decenas de miles. Se desconoce la suerte de otras decenas de miles y los habitantes que no han conseguido escapar viven en unas condiciones de extrema precariedad.

A pesar del despliegue en Ituri de refuerzos de la Monuc y de la «fuerza interina de urgencia» de la Unión Europea, MSF no puede hacer más que constatar la incapacidad de esta doble presencia armada internacional para garantizar plenamente la seguridad de las poblaciones

civiles, fuera de algunos espacios limitados, laboriosamente instaurados. La ayuda de urgencia por parte de la

comunidad internacional y las agencias de las Naciones Unidas resulta además del todo insuficiente.

Justo cuando el Consejo de Seguridad debe definir el marco del compromiso de la comunidad internacional en RDC para los meses venideros, Médicos Sin Fronteras desea subrayar la incapacidad de los despliegues militares para proteger realmente a las poblaciones en Ituri y testimoniar acerca de la falta de ayuda humanitaria a esta región.

MSF en Ituri

MSF está presente en la RDC desde 1988 en la zona bajo control gubernamental y desde el año 1998 en la zona bajo control de las fuerzas rebeldes.

Desde noviembre de 2002, un equipo de MSF vuelve a estar presente en Ituri después de una presencia intermitente desde 1999. Desde enero de 2003, cuando los habitantes regresan a su hogares tras dos años de combates y pillaje, MSF ha vuelto a poner en marcha los centros de salud en los alrededores de Mangina y un hospital en Mambasa.

En Bunia, un equipo médico-quirúrgico pudo empezar a trabajar en abril a pesar de la situación de creciente inseguridad. En un primer momento este equipo a comenzado a trabajar en el hospital central. Después de los incidentes violentos durante la primera semana en la ciudad, al final del mes de mayo, y la huida de una gran parte del personal médico, el equipo de MSF fue evacuado durante algunos días. El 15 de mayo un segundo equipo médico quirúrgico fue enviado a Bunia para retomar las intervenciones. Rápidamente un bloque quirúrgico de campaña permitió curar los heridos. En un segundo momento, un hospital de 70 camas fue creado en una antigua estructura.

Este hospital improvisado (Clinique Bon Marché) a permitido atender a miles de habitantes en el resto de la ciudad. La mayoría son agrupados cerca de las posiciones de la Monuc en condiciones sanitarias críticas. Desde entonces han sido practicadas mas de 520 intervenciones quirúrgicas, una media de 150 consultas externas por día y 60 hospitalizaciones por semana. La aparición de los primeros casos de cólera confirmados por el laboratorio, y el temor de una epidemia, han requerido, de manera preventiva, la instalación en urgencia de un centro terapéutico para el cólera. Desde el mes de junio, la situación nutricional de la población se ha deteriorado, y las estructuras instaladas están cerca de la saturación. Con el fin de hacerle frente un centro terapéutico nutricional se está instalando para atender a los malnutridos severos. Desde el 19 de mayo, los equipos también prestan asistencia a los 55.000 desplazados de Bunia que han encontrado refugio 150 km al sur, cerca de Beni.

Dos campos de desplazados están siendo instalados para albergar un total de 6.000 personas. MSF se encarga de la construcción de refugios y del suministro de agua y saneamiento. Un puesto de salud ha sido instalado cerca de otro campo para 5.000 personas en Oysha. 17.000 niños (menores de 5 años) recibirán una ración alimenticia durante los tres próximos meses para prevenir el aumento de la desnutrición.

1. Una fuerza internacional interina de refuerzo: ¿promesas incumplidas?

Ante la incapacidad de la Monuc de proteger a la población civil en Ituri, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas decidió en su resolución 1484 del 30 de mayo de 2003 desplegar en Bunia hasta septiembre de 2003, "una fuerza internacional interina de urgencia".

A pesar del despliegue el 11 de junio de 2003 de los 1.500 hombres de la operación «Artémis» bajo mando europeo, la población de la ciudad de Bunia y sus alrededores no se beneficia todavía de una protección real.

Estos refuerzos internacionales fueron enviados como apoyo a las tropas de la Monuc, incapaces al cabo de más de un mes de su llegada de garantizar la seguridad de la ciudad y de sus habitantes.

1.3 Bunia, la seguridad de la ciudad enclave no está garantizada

La "fuerza interina de urgencia" tenía como objetivo principal garantizar la seguridad de la ciudad de Bunia para facilitar el despliegue de nuevos refuerzos de la Monuc a partir del mes de septiembre y para proteger a la población civil.

Cerca de dos meses después de su despliegue, en algunos barrios de la ciudad la seguridad está temporalmente garantizada, pero el peligro se cierne todavía sobre el día a día de los numerosos habitantes del lugar y de aquellos que se atreven a regresar de su éxodo. A pesar de las fuerzas desplegadas, la guerra continúa estando muy cerca: los combatientes se infiltran por la noche en algunos barrios para saquear, matar y aterrorizar los civiles. Y las ideologías del odio no han cesado de difundir sus mensajes incitando a los asesinatos.

La actividad quirúrgica en el hospital improvisado por un equipo de MSF confirma la constante inseguridad y la ausencia de protección que padece la población civil: desde junio, heridos de guerra no cesan de llegar al hospital. Entre ellos destacan cerca del 60% de casos de ortopedia. Los casos de heridas abdominales que necesitan una intervención quirúrgica inmediata no suelen llegar a tiempo al hospital. También se han tratado 8 casos de violación en las estructuras de MSF y muchos otros han sido reportados.

Desde finales de junio, los habitantes de la ciudad de Bunia que habían huido de los terribles combates del pasado mes de mayo empezaron a regresar en pequeños grupos. Algunos se decidieron a volver tras haber intentado sobrevivir durante más de dos meses en el bosque. El estado de los pacientes ingresados en las clínicas de MSF es la prueba de la dureza de las condiciones de vida de las poblaciones durante su huida: se han diagnosticado casos de desnutrición severa, sobre todo entre la población infantil. Algunos heridos de guerra presentan viejas heridas que nunca han sido tratadas. Otros no tenían el dinero suficiente para pasar los controles custodiados por milicianos locales y poder así huir hacia el sur.... Pero sea cual sea el motivo de su regreso, son aún pocos los que vuelven a sus hogares por temor a las ejecuciones sumarias y las represalias que continúan siendo moneda corriente, sobre todo durante la noche.

Estos «retornados» se instalan en campos improvisados desde principios de mayo cercanos a las posiciones de la Monuc. Los habitantes de Bunia, que se han quedado en la ciudad y se ocupan de sus quehaceres durante el día, por la noche también se dirigen a estos campos a pesar de que tampoco están protegidos de las incursiones ni de los pillajes y donde las desapariciones se producen regularmente.

En general, la seguridad en la ciudad de Bunia continúa siendo muy precaria. A pesar de esta situación, la Monuc continúa difundiendo mensajes en radio Okapi afirmando que la seguridad se ha restablecido e invitando a los desplazados a regresar a la ciudad, creando así en la población civil un sentimiento engañoso de seguridad.

Extracto de un informe de MSF del 7 de Junio de 2003

En la «zona de tránsito», hace una semana llegó una mujer de 53 años procedente de Medu (de donde había huido el 12 de mayo) con sus cuatro nietos pequeños. El resto de la familia se habían ido a Oicha (9 personas). No tenía noticias de ellos. A su regreso, primero fue a su casa en el barrio 200 y encontró que la habían saqueado. La primera noche, explica, «vinieron a llamar a la puerta pero no abrimos. Aunque se fueron ya no pudimos volver a dormir y por la mañana nos vinimos al campo» .

1.2: 150.000 habitantes de Bunia fuera del radio de acción de la fuerza Artemis

“La fuerza interina de urgencia” tiene por misión proteger a la población civil de Bunia, pero tiene un mandato limitado que le impide desplegarse fuera de la ciudad. La mitad de los habitantes de la ciudad han tenido que refugiarse en la periferia, y por tanto se encuentran fuera del alcance de la protección internacional.

Las 150.000 personas desplazadas en los alrededores de Bunia, a donde huyeron en busca de refugio, se ven amenazadas por actos de violencia y combates (ataques a aldeas, casas saqueadas, quemadas, matanzas...). La aldea de Katoto fue atacada en numerosas ocasiones, la semana del 25 y de nuevo el 26 de junio. Los desplazados viven abandonadas a su suerte, sin ningún tipo de protección. Los que consiguen salir de allí hablan de inseguridad constante y de miedo.

Desde mayo, los equipos de MSF no han podido acceder a las poblaciones de las aldeas situadas en un radio de 3 a 50 kilómetros alrededor de Bunia, porque las partes beligerantes no garantizan la seguridad de los equipos. Y es sin embargo ahí donde viven las poblaciones más expuestas.

Testimonios de los equipos de MSF

Entre las últimas personas llegadas al campo del aeropuerto, las hay provenientes de Katoto (25 km al noreste de Bunia). La primera noche permanecieron en Central (un barrio de Bunia), pero allí pasaron mucho miedo, ya que las visitas y saqueos de las casas durante la noche son moneda corriente. En Katoto el primer ataque se produjo el sábado. El viernes siguiente (28 de junio), los combatientes regresaron y quemaron las casas que quedaban en pie. Hubo muchos muertos. No quieren regresar allí: «no es posible permanecer allí, vivir allí significa estar constantemente al acecho de la muerte» .

Una mujer mayor con su madre, muy anciana, a sus espaldas llegó de Lengabo. Salieron de allí a las 6 de la mañana y ahora son las 13h. Son de M'Bale, al norte de Bunia, de donde se fueron en mayo. Su aldea se encuentra en una zona en la que ellas corren el peligro de ser consideradas como «enemigos», pero no tienen ya nada que perder. La vida ha sido demasiado terrible estas últimas semanas durante su huida.

Un hombre viene de Tinda Zundu (aldea entre Me du y Bunia) con su madre y su hija de 21 años que lleva su hijo recién nacido en brazos. La llevan sobre un asiento de madera y presenta heridas de bala en el antebrazo y la pierna.

Resultó herida hace tres días cuando se dirigía en busca de alimentos a casa de su tía en Makabo con sus otros dos hijas. Se encontraron entonces con combatientes. Las dos niñas consiguieron escapar, pero «ella se enfrentó a ellos y resultó herida». Tras las primeras curas, la referimos al hospital de Bon. La cirujana de MSF confiesa no haber visto heridas tan sucias en su vida y no puede garantizar su completa recuperación e incluso tal vez tenga que someterla a una amputación.

1.3 : Beni, un refugio amenazado

Justo cuando se desplegaba la fuerza internacional interina en Bunia, combates con artillería pesada estallaban entre las tropas del RDC -Goma y el ejército congoleño en el sur de Beni, hasta el corazón de muchas localidades. Los combates que empezaron en Bingi se extendieron a Kanyabayanga, y después a Lubero, ciudades hoy prácticamente vacías tras la huida masiva de sus habitantes.

De Kaseghe a Kitsambiro, explica un equipo de MSF, «prácticamente no hay nadie en las aldeas, las puertas de las casas y de los edificios públicos estaban abiertas a los cuatro vientos, parece que las personas se llevaron todo lo que pudieron consigo y el resto ha sido saqueado. Nos cruzamos con solo 4 camiones que transportaban mercancías en este eje comercial habitualmente muy frecuentado».

La guerra se acerca pues a Beni, una ciudad donde han encontrado refugio más de 55.000 personas procedentes de Bunia que creían haber escapado a lo peor. Además de los desplazados de Bunia, la ciudad y sus alrededores acogen desde hace más de 6 meses a por lo menos 30.000 personas venidas de Ituri, de Kivu, y de Maniema. Y a estas pronto podrían sumarse las decenas de miles de personas de Kanyabayanga a Lubero, que huyeron de los recientes combates.

Se trata de al menos 250.000 personas que se dirigen hacia el sur de Ituri sin que las tropas de Naciones Unidas contribuyan en lo más mínimo a garantizar su seguridad.

2. La guerra en tiempos de la Monuc

Si la situación actual de inseguridad perdura a pesar del envío de una fuerza suplementaria, en el período precedente, de mayo a junio, justo cuando se desplegaron las tropas de Monuc el conflicto alcanzó una intensidad sin precedentes.

En abril, cuando las fuerzas ugandesas se retiraron de la zona, muchos elementos indicaban que las facciones armadas que se disputan el control de la región desde hace muchos años volverían a enfrentarse de nuevo hasta llegar al centro de la ciudad.

En abril, MSF pidió al departamento de operaciones del mantenimiento de la paz de la ONU que tomase medidas concretas para garantizar la protección de las poblaciones civiles durante y después de la retirada de las tropas ugandesas.

Los combates efectivamente se reanudaron justo cuando un batallón de reserva de la Monuc de 600 hombres llegaba como refuerzo. Su despliegue urgente no impidió que se produjeran actos de violencia, crímenes, saqueos y que esta situación perdurase día tras día durante cerca de un mes.

2.1: De combates en las calles a abusos sistemáticos

Tras la retirada de las tropas ugandesas, los habitantes de Bunia esperaban que estallase la violencia, pero la mayoría no imaginaba que iba a adquirir una magnitud tan amplia ni que fuera a afectar a todos los habitantes. La Monuc desplegada no contó con los medios suficientes para frenar la masacre ni para atenuar sus efectos en la población civil. Mientras intentaba ser lo más operativa posible, los combates se recrudecían y se hacían más intensos.

2.1.1 Combates y ola de terror

La guerra empezó la primera semana de mayo de 2003 en estos barrios periféricos, con ataques utilizando artillería pesada. Los habitantes de Bunia se quedaron escondidos en sus casas durante muchos días. Las detonaciones resonaban en la ciudad día y noche. Más tarde empezaron los ataques con arma blanca o armas de fuego y matanzas de civiles, así como al pillaje y a los asedios puerta a puerta.

«No sabíamos, porque habíamos permanecido dentro de casa, que todas las personas de Bunia, de los barrios de Sukisa, Nia-nia, Salongo, Sous-région, 200, ya se habían ido de la ciudad. Fue el ataque del lunes el que nos obligó a huir. Empezó el sábado a las 17 horas, los disparos, las bombas de la artillería pesada, duraron toda la noche, hasta las 6 de la mañana. En ese momento salimos de la casa para ver que había pasado, pero hacia las 11 horas ya habíamos podido constatar que era muy duro permanecer en la ciudad. Había personas que corrían por las calles huyendo despavoridas. Algunos no tenían orejas porque se las habían cortado. Y aún así nos quedamos. Más tarde, pudimos salir bajo protección. El combatiente que nos ayudó a salir era uno de mis amigos que conocía de toda la vida. Lo hizo a escondidas por la noche, sin que sus amigos lo supiesen» .¹

El lunes 5 de mayo, el UPC tomó Bunia. Los combates con las milicias lendus duraron toda la semana. Los barrios se vaciaron y sus habitantes fueron a refugiarse a barrios vecinos en casa de familiares y amigos. Las matanzas y masacres empezaron.

«El ambiente se cargó aún más a partir de la semana del 5 de mayo. Presentíamos que las cosas iban a cambiar. Había saqueos, desorden público, detonaciones de artillería pesada y detenciones. Te enterraban allí o mataban. En todos los barrios. Del 6 al 12 de mayo, vi muchos muertos, una veintena de personas».

«El lunes escuchamos disparos, ya ni podíamos ir al mercado y teníamos muy poca comida. Nos quedamos en casa. Y así transcurrió una semana. Y después el sábado la situación realmente empeoró y tuvimos que irnos de Bunia. Oímos decir que los milicianos habían llegado al barrio y también que en Cité estaban matando a la gente. Escuchamos fuertes disparos y después vimos a muchas personas que empezaban a huir despavoridas»

«Incluso cuando la ciudad se encontró ya bajo control de los milicianos, hubo ajustes de cuentas. Por la mañana nos levantamos y oímos decir que había 10 cadáveres en un lugar determinado. Teníamos que ir para confirmar que no se tratase de algún familiar. No podría hacer una lista con el nombre de todos los familiares y amigos que han muerto este último mes, pero son muchos»

¹ Los testimonios citados en esta parte han sido recogidos por los equipos de MSF en entrevistas realizadas entre finales de mayo y principios de junio a la población de Bunia refugiada en Beni.

Los abusos y saqueos se multiplican. El miedo hace mella en todos los barrios.

«Y después una noche, mi hermano, que vive en Muzipela, vino a decirnos que teníamos que irnos, que estaban a punto de matar a la gente a machetazos en su barrio. Al día siguiente por la mañana, silbaban las balas. Huimos»

«Empezó hacia las 7 ó las 8. A principios de la semana, mi padre murió acuchillado. Era viejo, y no quiso irse. Se encerró en la casa. Son los vecinos que huyeron cuando le mataron quienes me han informado»

«El pillaje de Bunia empezó la semana antes de nuestra huida (el lunes 11 de mayo). Entraban en las casas para coger cosas y si te quejabas te mataban»

2.1.2 «No era nuestra guerra...»

Hasta hoy, los habitantes de Bunia que no pertenecen a ninguna de las dos comunidades hema o lendu, no se sentían realmente amenazados e incluso hablaban de «la guerra de los otros». Consiguieron

permanecer al margen de esta «vita kikabila», la guerra tribal, cuidándose de no mezclarse ni personalmente ni económicamente con los grupos que se sucedían en el control de sus pueblos y ciudades.

Pero esta vez, la violencia se ejerce contra todo el mundo, «sin discriminación». En muy pocas ocasiones la guerra había alcanzado una intensidad tal para el conjunto de la población.

«Jamás había tenido que huir de Bunia. Nos quedábamos encerrados en casa mientras se enfrentaban día y noche, había muertos entre los milicianos, pero no entre la población civil, excepto si se trataba de hema o lendu»

«Esta historia interétnica empezó hace muchos tiempo, pero esta violencia contra todas la tribus es nueva. Por la radio, dicen que hay que acabar con todos aquellos que no son originarios (jajambo)»

«Era terrible. Cuando empiezan a matar a los vecinos con quienes estás siempre, es cuando hay que huir»

«Es la primera vez que dejo Bunia, que huyo debido a la guerra. Pero esta vez sí, esta guerra es terrible. No quiero regresar jamás a Bunia. Es peligroso, se han pasado de la raya»

2.1.3 Para vaciar la ciudad, se orquesta el terror

Si la violencia se ha ejercido sin discriminación, los testimonios ilustran su carácter organizado. Los combatientes y los milicianos recorren al terror: el puerta a puerta (hombres armados sirviéndose a veces de astucias varias para que los habitantes de las casa abran las puertas), matanzas de familias enteras, o el asesinato de algunos de sus miembros delante de los otros, mutilaciones, torturas, llamadas al odio y a la exterminación difundidas a la población...

Todas la partes en el conflicto explotan el sufrimiento de la población para justificar la guerra y los abusos. Es un sufrimiento que niega la neutralidad pues en defensa propia hay que tomar partido a favor de uno u otro bando.

«Llamaban a todas las puertas (excepto a la mía...¿se trataba de buena suerte?). Por suerte o por desgracia, pero muchos tuvieron la desgracia».

«Mataron a mi marido cortándole el cuello con un cuchillo.. Entraron a nuestra parcela. Me salvé porque me encontraba en la habitación cuando degollaron a mi marido. Oí el ruido, vi lo que ocurría y volví a entrar en la habitación y salté por la ventana. Salté y me escondí sin hacer ruido entre las flores. Temblaba de miedo. Cuando salí, vi el cuerpo de mi marido y mis dos yernos que también estaban en la casa habían desaparecido. ¿Habían huido o se los habían llevado? No podía soportar quedarme en Bunia, las personas no pensaban más que en matar».

Tras los combates o las matanzas, los cadáveres quedan expuestos como medida disuasoria y desmoralizante .

«Detrás de la casa encontré 2 muertos. En el mercado, había muchos más, el jueves, el viernes, el sábado».

«La mañana de nuestra huida había 5 cuerpos delante de mi casa que nadie podía enterrar, pues mientras lo haces pueden matarte. Ni la Cruz Roja puede hacerlo».

«Había tres muertos en mi jardín. Sin manos, sin orejas y sin ojos. Tenía mucho miedo, no tenía ninguna necesidad de quedarme en Bunia, pero no podíamos irnos. Es esta cólera la que da miedo, la que conduce a destrozar los cuerpos de la gente»

2.2 En Bunia, la seguridad perdida

Desde los primeros días de mayo, los habitantes de Bunia parten hacia la Monuc o a los barrios limítrofes para encontrar protección y alejarse de la ciudad. No piensan que los combates puedan llegar a durar mucho más y obligarles al éxodo.

Pero la base de la Monuc a parte de las viviendas, no puede ofrecer ningún tipo de refugio. Los hombres de la Monuc no pueden más que observar como se recrudece la violencia ante sus ojos e informar día tras día al Secretario General de Naciones Unidas y a los medios. En su propia base, ante sus propios ojos, las milicias intervienen y personas desplazadas desaparecen. 600 hombres en una ciudad de 2000.000 habitantes presa de los combates no pueden mantener el orden ni la seguridad, como parecía sugerirlo su despliegue anunciado como respuesta al creciente caos.

«Cuando la guerra empezó en Bunia, nos escondimos un día en la Monuc. Era un sábado, y continuaba reinando la inseguridad: los militares de la Monuc no actuaban, se limitaban a observar, eso es todo. Vi a milicianos entrar en la Monuc y llevarse a gente (un hombre) para matarle (NDLR: no vio si le mataban)»

«No queríamos ir a la Monuc, pues mi cuñada y a sus 3 hijos les raptaron allí. Mi esposa quería ir a buscar a los niños que quedaban allí, se disfrazó de loca (para que no la detuvieran) y la dejaron pasar. Pudo traerse a los niños»

2.3 Escapar de Bunia, sin ayuda de la Monuc

Los habitantes de Bunia y sobre todo los del centro de la ciudad, conocen la guerra desde hace muchos años. Para ellos es sinónimo de estallidos de violencia esporádicos. Pero esta vez su intensidad ha empujado a muchos a huir.

En pocos días, más de dos terceras partes de los habitantes de la ciudad la abandonaron. Tras dos semanas de violencia, los miembros de MSF describieron una ciudad fantasma llena de casas saqueadas.

«Esta guerra ha visto huir a mucha gente que había resistido hasta entonces. Ha sido muy difícil, incluso quienes decían que jamás se marcharían, al final lo han hecho»

Proteger la huida de los habitantes se ha revelado tan imposible para la Monuc como lo fue prevenirla. No se tomó ninguna medida para garantizar la seguridad durante la evacuación o el traslado de los civiles que vivían en zonas de combate.

«Las personas que se fueron de Bunia, llegaron aquí por la gracia de Dios, pues realmente han sido muchos los que no los han logrado» (un habitante de Bunia refugiado en Beni)

La huida ha estado marcada por etapas de «limpieza» caracterizadas por matanzas arbitrarias y la depredación sistemática de cualquier bien de las personas que huían.

De esta forma un largo cortejo de familias emprendió camino hacia la gran ruta del oeste (ruta de Komanda). Los habitantes de las ciudades no conocían el bosque. Al terror de las primeras semanas se sumó la incertidumbre y los peligros del éxodo.

2.3.1 El ataque de Tchai, a 14 km de Bunia

Los refugiados informan que la semana del 21 de mayo unos hombres emboscados en los arceles empezaron a disparar con artillería pesada y armas de fuego al cortejo de civiles en el camino. El pánico que cundió con el ataque dispersó al grupo. Este episodio provocó muertos y heridos. Muchas familias quedaron separadas a partir de este momento:

«Empezamos a caminar pero cerca de Tchai, nos atacaron los soldados con sus armas. Perdí de vista a mi marido durante el ataque: se fue en otra dirección. Un señor murió de una crisis cardíaca. Los soldados estaban escondidos en los arceles a lo largo de la carretera, dispararon con pistolas. Hubo muchos muertos y heridos. Muchos que estaban con nosotros todavía no han llegado aquí»

2.3.2 Operaciones de limpieza en los controles

Los milicianos han instalado controles a lo largo de las carreteras que llevan a Beni para controlar el paso. Hay que mostrar los papeles de identidad y pagar (5 dólares por 20 personas por ejemplo) para obtener un «pase». Según algunos relatos, por ser sospechosos de pertenecer a algún grupo concreto, algunas personas han sido detenidas para llevarlas «al laboratorio» o asesinadas allí mismo ante los ojos de los demás refugiados.

«Los del otro grupo no pasaban. Vi como en el control mataban a una mujer y a su hija de 19 años que yo conocía»

«4 niños que conocíamos bien, amigos de mi hijo y que venían con frecuencia a casa, caminaban detrás nuestro. Oímos gritos y vimos que estaban siendo asesinados a machetazos».

«Si ven que eres del otro grupo, te retiran del grupo y te destruyen. Vi como mataban sin más a una madre y a su hijo»

La identificación de las personas que los milicianos quieren retener, primero se hace controlando los carnés de identidad, que indican el lugar de nacimiento de la persona. La ausencia de documento de identidad puede comportar represalias: multa o golpes. Sin embargo, el hecho de presentar el DI no es en ninguna medida garantía de seguridad, pues si -teóricamente - permite identificar a los «indeseables», otros elementos, como la lengua o el aspecto físico son también criterios de selección.

2.3.3 Extorsiones

A los refugiados se les extorsiona en todas las etapas de su trayecto: se les desprovee de su dinero, ropa, objetos personales, todo sirve. Además de la extorsión organizada, (la obligación de comprar un pase según las «reglas establecidas»: tantos dólares por tantas personas...), a los desplazados les roban lo poco que han conseguido llevarse consigo o incluso la ropa que llevaban cuando se fueron.

«Cuando huimos, cogimos nuestros colchones, ropa, pero nos robaron en el camino. Incluso me quitaron los zapatos. En el primer control, nos lo quitaron todo, después en los otros controles nos pegaban y golpeaban»

«Llegué aquí con sólo ropa interior y pantalones. El resto me lo quitaron todo en el control».

2.3.4 El éxodo a través del bosque

«Esperamos a irnos al bosque con los demás, pues vivíamos en la ciudad y no sabíamos como sobrevivir en el bosque».

Los desplazados de Bunia son personas de ciudad. Al cabo de algunos días de marcha, entraron en el bosque ecuatorial. Dormían en el suelo, a veces encima de hojas, comían raíces, frutas del bosque y bebían agua de los charcos...

«Es por esto que abandoné la ciudad, en busca de seguridad. Durante un mes, dormimos aquí y allá, en el bosque. Comíamos raíces de las que obteníamos el jugo para luchar contra el paludismo. Nos alimentábamos con lo que cogíamos de los campos de otros»

«Ya no nos percatábamos de nada. Primero fuimos a la sabana (...) Después de Medu, ya no había ningún sendero que seguir, y caminamos a través de los cañizales, nos caímos al agua, escalamos montañas (...) Dormimos al raso»

A lo largo del camino, tuvieron que pagar para obtener ayuda: los autóctonos ofrecían sus servicios para transportar sus platos o a los enfermos, guiarles, ayudarles a atravesar los ríos.

Las personas entrevistadas hablan de personas enfermas o ancianas que tuvieron que dejar atrás al borde del camino. Muchas mujeres dieron a luz, a menudo solas. Y muchas de ellas reemprendieron la marcha inmediatamente después.

«Había una madre con una fractura de pelvis que su familia abandonó por el camino. Era vieja y estaba sola. Nos la llevamos con nosotros en una litera que hicimos con nuestras propias manos, hasta una aldea y la dejamos en una casa vacía. Se había caído esa misma mañana»

Al final, ni las fuerzas de Monuc ni las tropas de "la fuerza interina de urgencia" no han contribuido a mejorar la seguridad de la población, excepto en zonas muy concretas de Bunia.

3- La insuficiencia de la ayuda humanitaria

Para los más optimistas, el compromiso al que se llegó en junio de desplegar una fuerza internacional en Ituri era una muestra de la voluntad de la comunidad de estados de ponerse del lado de una población marcada por muchas semanas de un mortal conflicto. Pero dos meses después de este nuevo despliegue, que tenía sin embargo como fin "mejorar la situación humanitaria", conforme a las disposiciones de la resolución 1484 del Consejo de Seguridad, la población de la ciudad de Bunia y sus alrededores continúan sin tener lo más básico para su supervivencia. Todo ello debido sin duda a la inseguridad, pero también a una falta de previsión de las necesidades y de una planificación coherente de la ayuda.

3.1: Bunia: los retornados pueden esperar

Desde hace varias semanas, atraídos por el despliegue de la fuerza internacional, más de 12.000 personas desplazadas por los combates han regresado a Bunia. Los habitantes de la periferia también entran a la ciudad en busca de refugio. En una ciudad donde la inseguridad perdura, intentan encontrar medios de subsistencia: alimentos, agua potable y abrigo.

Pero los últimos desplazados que llegaron al campo no obtuvieron ningún tipo de asistencia hasta que algunos días más tarde fueron registrados y pudieron beneficiarse de las distribuciones de artículos de urgencia (alimentos, utensilios de cocina, material de construcción, acceso al agua potable). Estas distribuciones son vitales para quienes después de semanas en el bosque, lo ha perdido todo.

Debido a stocks insuficientes, las últimas distribuciones de alimentos organizadas por el PAM en estos campos – no se ha organizado ninguna distribución en la misma ciudad – representaron sólo 700 kilocalorías al día, es decir un tercio de la ración que se estima necesaria para cubrir las necesidades nutricionales diarias de un adulto. En estos lugares de tránsito, a mediados de julio, se ha distribuido sólo material de abrigo (plástico) a 3 familias, es decir a unas 15 personas.

El estado nutricional precario de los retornados llevó a MSF a abrir un centro de nutrición intensiva. Hoy, el establecimiento de una distribución regular para el conjunto de la población es una necesidad absoluta. Pero, la ausencia de una cadena de distribución (pipeline) del PAM (Programa Alimentar Mundial) suficientemente adecuada y organizada hacen que se tarde en iniciarla. Las capacidades logísticas siguen siendo limitadas: el aprovisionamiento por carretera se hace difícil ante la persistencia de combates.

Las condiciones de acogida, tanto con respecto a la protección, nutricionales y sanitarias en las que ellos viven son grandemente insuficientes. Si el movimiento de retorno a Bunia se confirma, la situación podría ser catastrófica. Y mientras tanto, ya se han registrado en esta región endémica algunos casos de cólera y disentería.

Testimonios de los equipos de MSF

En el campo del aeropuerto, los últimos en llegar de Medu han pasado 2 días en la carpa de tránsito antes de recibir una carpa (plástico) para 3 familias. No tenían nada. Son parte de los que han podido beneficiarse de una distribución de utensilios y alimentos: 1 saco de harina de maíz de 25 kg para dos familias, una botella y media de aceite por familia y 5 kg de judías por familia. También una pastilla de jabón por familia. Todos son originarios de Bunia pero dicen que no pueden regresar a los «barrios rojos»: Mudzi Pela, Kindia, N'gesi: «para que regresásemos tendría que haber militares en todos los barrios».

Los recién llegados esperan en un refugio de tránsito (una simple carpa) a que se les atribuya una parcela y fichas para las distribuciones de víveres. Estos últimos días han llegado más de 150 familias. En general, su estado de salud es malo: heridas de muchas semanas no sangrantes, infecciones... A menudo, no han comido nada en dos días y llevan meses subalimentados. Además, llegan aquí desprovistos de todo y deben esperar muchos días hasta recibir ayuda.

3.2 : Las afueras de Bunia: los olvidados de la ayuda humanitaria

En las zonas grises a las afueras de Bunia, la inseguridad no permite el acceso de los trabajadores humanitarios. Algunas ONG presentes² en la región no consiguen acceder para aportar asistencia a la

² El Comité Internacional de la Cruz Roja no está presente en la región desde que 3 de sus miembros fueron asesinados en abril de 2001

población allí confinada (por lo menos 100.000 personas). Cada semana llegan rumores de nuevas masacres en la periferia de Bunia y en la propia ciudad. Estos rumores a menudo quedan confirmados con la llegada de nuevos desplazados y heridos.

3.3 : Beni, la falta de previsión de la ayuda humanitaria

En Beni, una zona relativamente segura hasta principios de junio, los desplazados han ido llegando en el transcurso de varios meses. Las 30.000 personas desplazadas que llevaban más de seis meses allí instaladas sin beneficiarse de ningún tipo de ayuda alimenticia, han tenido que esperar todavía tres semanas más tras la llegada adicional de otras 55.000 personas de Bunia a recibir media ración de alimentos – una distribución organizada por el PAM a principios de junio (del 8 al 15).

Para los meses de julio-agosto, debido a stocks insuficientes, el PAM ha previsto distribuir solamente raciones incompletas. Estas distribuciones beneficiarán a las personas que se identifiquen como las más débiles.

Este tipo de distribuciones (denominadas «distribuciones diana») suelen destinarse a las personas parcialmente autosuficientes, lo que no es el caso de estos recién llegados cuyos bienes les han sido sistemáticamente confiscados y robados. Y menos aún en una región devastada por la guerra donde el empleo es escaso y los productos caros.

Encuestas rápidas realizadas por World Vision entre los desplazados a mediados de julio muestran que si bien la desnutrición aguda no es alarmante, un número significativo de niños corren el riesgo de padecer desnutrición. MSF ha comprado 300 toneladas de víveres a fin de aportar durante 3 meses un suplemento nutricional a los 17.000 niños desplazados menores de 5 años.

A mediados de julio de 2003, la ayuda material resulta globalmente insuficiente para las víctimas de la guerra en Ituri. El compromiso de la comunidad internacional en la crisis no es demasiado consecuente en lo que a la ayuda se refiere. Las agencias de las Naciones Unidas apenas si tienen medios o personal en el país y los fondos institucionales para financiar las operaciones de ayuda son insuficientes para cubrir las cada vez más acuciantes necesidades.

CONCLUSIÓN

La doble presencia armada internacional en Ituri (Monuc y fuerza interina de urgencia) desgraciadamente se ha revelado incapaz de asegurar una protección real de la población civil. En razón de su mandato limitado a la ciudad de Bunia, «la fuerza interina de urgencia» deja asimismo de lado a miles de personas que viven en la periferia de la ciudad y a las que las pocas organizaciones humanitarias presentes no tienen acceso desde hace meses. A MSF le preocupa enormemente la suerte de estas poblaciones.

En un momento en que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas debe decidir acerca de un refuerzo de la Monuc en Ituri, MSF recuerda que las fuerzas de mantenimiento de la paz de la ONU, en el pasado, experimentaron grandes reveses en su misión de protección de las poblaciones bajo su mandato. En Bosnia, en Ruanda, estos fracasos se saldaron con la vida de miles de personas.

Testigo de estas dolorosas experiencias, MSF ruega encarecidamente a la comunidad internacional que no vuelva a dar peligrosas ilusiones de protección a la población civil de Ituri.

Sea cual sea la decisión sobre la forma y el mandato del dispositivo internacional en Ituri, MSF exhorta al Consejo de Seguridad a respetar plenamente sus promesas de protección de las poblaciones y no sacrificarlas en provecho de otros objetivos políticos, como lo ha ilustrado en el pasado la historia trágica de la «zona de seguridad» en Srebrenica.

Además, la ayuda que llega a la región resulta insuficiente para responder a las necesidades. La movilización de las agencias de las Naciones Unidas y de los financiadores institucionales es hoy crucial para aumentar sustancialmente la asistencia humanitaria a las poblaciones civiles víctimas de la guerra en Ituri.

ANEXOS

La comunidad de estados en el conflicto del Congo

Desde hace muchos años, tiene lugar en la RDC un conflicto mortal y generalizado en el que muchos grupos políticos y militares están implicados. La comunidad internacional ha reaccionado a esta crisis tomando diversas medidas de orden diplomático y militar. El esfuerzo no ha estado a la altura de la magnitud del conflicto y de sus dramáticas consecuencias para la población congoleña. La cifra de 2 millones de muertos (fuente CDC) provocados por esta guerra desde 1997 ilustra el despropósito de la respuesta internacional para proteger a los civiles de la guerra.

Gran parte de los países vecinos del Congo se ven implicados de una forma u otra en esta guerra, bien acogiendo a refugiados congoleños o interviniendo más o menos directamente, como Uganda y Ruanda, en el conflicto o su resolución, en nombre de la defensa y del desarrollo de sus intereses políticos, territoriales, económicos o de seguridad.

Otros países africanos no vecinos también han intervenido en el Congo desde 1997, como fuerzas de interposición internacional o de alianzas bilaterales. Desde hace un año, la elaboración de un plan de paz para el Congo cuenta con el apoyo de muchos países occidentales como los Estados Unidos, Gran Bretaña o Francia. Este esfuerzo viene a sumarse a los realizados por muchos gobiernos africanos.

Medios adicionales para Naciones Unidas acompañan este recobrado interés más o menos concertado. Las conferencias de Pretoria y de Sun city han contado con el apoyo de estos gobiernos extranjeros. En 2003, las Naciones Unidas disponen de un presupuesto de 500 millones de dólares americanos y de un efectivo teórico de 8.700 hombres, de los que sólo 5.500 han sido realmente desplegados para la protección de la población.